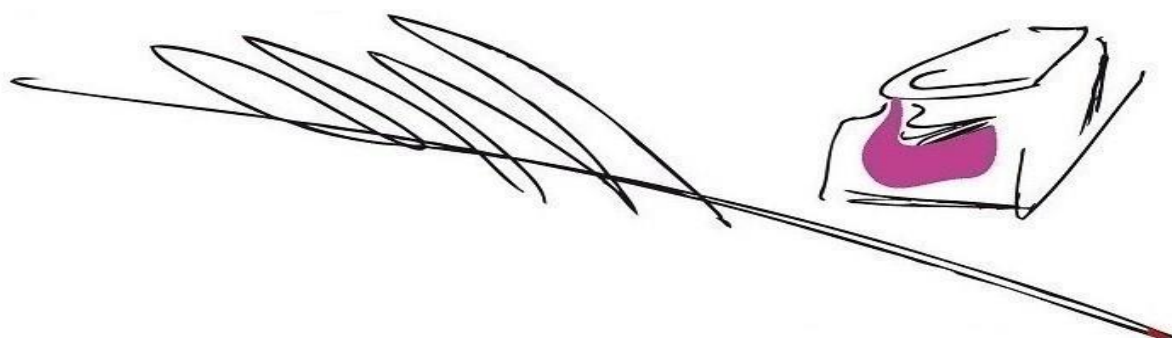


*Año 2021*



***XI Concurso Literario Don Bosco***  
Asociación de AA.AA. de Don Bosco A Coruña

# “UNA MALETA DE ESPERANZA”

**T**ranscurría una tarde de marzo, era viernes, pero no uno de tantos, era la tarde que iríamos a cenar con unos amigos para acabar de organizar nuestro esperado viaje a Londres.

Pero aquella misma noche, antes siquiera de poder llenar mi maleta, nuestra ilusión se desvaneció. El presidente del Gobierno anunció que no podíamos salir de nuestro país, ni siquiera de nuestras casas... Aquel virus que venía de China, al que no le habíamos prestado mucha atención, iba a dar la vuelta al mundo, mientras nuestras maletas se llenaban de preocupaciones.

Mis abuelos tenían que regresar de Canarias y no había vuelos, estaban angustiados. Son personas divertidas, les encanta viajar y tomar el sol en la playa; cada año aprovechan la primavera para hacerlo, por esa razón no estaban en casa. Cuando finalmente regresaron no pude besarles, para evitar los contagios. Esta enfermedad ha marcado distancias, pero hemos aprendido a acercarnos de otra forma.

Desde las ventanas aplaudía cada tarde agradeciendo a las personas que seguían con su trabajo para ayudarnos a los demás: médicos, enfermeros, policías, bomberos, repartidores... Era emocionante y también gracioso ver a mis vecinos aplaudir y las motos de los repartidores pitando mientras alzaban los brazos saludando.

Una tarde una vecina, una ancianita entrañable, de rostro amable, de pelo blanco enroscado en un bonito moño y gafas redondas que siempre me recordaban a John Lenon, me dijo desde su ventana:

- Hace falta dejar de tener algo para valorarlo ¿verdad?.

Estuve unos instantes pensando en lo que me había dicho esa mujer.

- Ahora mi maleta está vacía -le respondí con tristeza.

- Entonces ¡ya tienes hueco para llenarla de esperanza! - exclamó la señora.

Pensaba en la cantidad de personas que estaban muriendo, principalmente ancianos y me dije: si esta señora tan mayor tiene confianza y valor, mi maleta seguirá en su sitio, pero las penas, que son muchas, dejarán lugar a la esperanza.

Hubo muchas personas que actuaron de manera irresponsable. Luego llegaron las vacunas, la pandemia avanzaba, pero supimos protegernos y que el virus nos afectase menos.

Por fin podremos hacer nuestro ansiado viaje a Londres. Esta vez mi maleta tendrá más peso ¡estará llena de ilusión!. Lo pasaremos fenomenal.

# “EL DÍA DESPUÉS DE LA PANDEMIA”

**R**ecuerdo ese día, el 12 de marzo de 2021. Estaba viendo la televisión en mi habitación cuando mi padre me llamó:

- Rebecca, han dicho en las noticias que mañana ya no es obligatoria la mascarilla, porque ya no hay nuevos casos de covid-19.

Después de esa frase, el corazón se me empezó a acelerar y no me salían las palabras.

Después de un año ya podía salir a la calle sin esa dichosa mascarilla. Estaba entre feliz y nerviosa. Feliz porque por fin iba a sentir el aire en la cara, frente al mar, jugando con la arena suave entre los dedos. Pero nerviosa porque iría al colegio sin mascarilla y me sentiría un poco incómoda con todos mirándome.

No me quedé más parada y empecé a prepararme, cogí la mochila y la preparé, y después me duché para estar preparada para el día siguiente. Eran las ocho y media de la tarde y ya estaba preparada, entonces me puse a mirar el móvil, pero todo eran noticias como “¿Qué pasará mañana?” o “El día después de la pandemia”. Entonces me entraron más nervios y decidí tumbarme un rato.

Me quedé dormida y no me desperté hasta que el despertador sonó. Me levanté y fui directa a la cocina, donde mis padres me esperaban con una sonrisa en sus caras. Desayuné y me fui a vestirme, recuerdo que me puse una falda negra con un jersey blanco y gris, mi conjunto favorito. Después me lavé los dientes y me peiné, fui directa a la puerta y cogí la mochila.

Cuando salí a la calle estaba todo oscuro, las casas blancas se veían grises y estaba todo un poco tenebroso, pero entonces encontré a Julia, mi amiga, con la que iba al colegio por las mañanas, y todo se volvió más acogedor. No me di cuenta de que nadie llevaba mascarilla hasta que Julia me lo recordó, cuando ya estábamos en la puerta del colegio.

Era una alegría ver a todos sin mascarillas, estaba muy feliz. Abrieron la puerta y todos entramos como un banco de peces nadando en el mar todos juntos. Al llegar a clase todo el mundo se sentó y fue todo de perlas. Al acabar las clases me fui a casa contenta y cuando llegué les conté a mis padres todo lo que me había pasado minuto a minuto

de todo el día. Y así es como recuerdo el fin de los malos días, el fin del coronavirus. En esos tiempos era joven y no le daba importancia a lo que estaba pasando pero ahora soy consciente de lo mal que lo había pasado mucha gente.

# “EL MUNDO EN JAQUE”

**1** /12/2019

7am. Enciendo la televisión como todas las mañanas antes de ir a trabajar. Primer canal: “Wuhan en peligro”. Segundo canal: “Un nuevo virus...”. Tercer canal: “El coronavirus. todo lo que necesitas saber”.

Desconcertado miro el periódico digital, todo el mundo habla de lo mismo. Un nuevo virus ha nacido en China. Lo primero que pienso es: “Nada nuevo, lo más probable es que ni siquiera salga del continente asiático, nada alarmante”. Cogo mi chaqueta, la mochila, las llaves, apago la tele y me voy al trabajo.

31/1/2020

7am. Enciendo la televisión como todas las mañanas antes de ir a trabajar. Primer canal: “ÚLTIMA HORA. Primer caso de Covid-19 en España”. Segundo canal: “Preocupación de los sanitarios ante este nuevo virus”. Tercer canal: “Un hombre Alemán, paciente 0 en España”. Me preocupo un poco. Al final si sale de Asia. Pienso: “Solo hay un caso lo más probable es que se controle y no llegue a nada más, no me alarmo”. Cogo mi chaqueta, la mochila, las llaves, apago la tele y me voy al trabajo.

Pasan los días, hago vida totalmente normal, para mi eso todavía es lejano, es más, probablemente en unas semanas ni se hable de eso en el telediario. Hablan de una posible cuarentena. Tonterías. Solo mienten.

14/03/2020

“Se decreta estado de alarma en toda España”, “Confinamiento de 15 días” “Solo se puede salir en casos muy especiales” “España en cuarentena”. Titulares que no dejaban de sonar en todos los canales, periódicos, radios...

Esto es real. Sigo pensando que es un confinamiento totalmente innecesario, sin poder trabajar, sin salir... ¿Cómo se supone que voy a salir adelante?

15/03/2020

- Primer día de cuarentena

7am. Enciendo la televisión. Siguen con la misma tontería, todo son mentiras, seguramente sea todo un engaño del gobierno, como van a paralizar España de un día para otro, no tiene sentido. Me preparo un café para ponerme a trabajar de forma telemática. Algo tendré que hacer en estos días.

15/04/2020

- Primer mes de cuarentena.

Ya llevamos un mes sin hacer una mierda. España va a acabar muy mal, va a venir una crisis gorda, TODO SON TONTERÍAS, el presidente no hace nada. Me visto. Cogo un poco de dinero. Me calzo. Salgo afuera. Lo único que hago es aprovechar la excusa de salir al supermercado para que me de el aire.

15/05/2020

- Segundo mes de cuarentena.

Todavía sin palabras. No paran de alargar esto. Cada vez me siento más atrapado dentro de mi. Mi mente está encerrada. No asimila nada. Estoy a punto de entrar al paro. Necesito que todo vuelva a la normalidad. Estoy harto de tener que esconderme para salir a dar un paseo, para desconectar de todo. ç

21/06/2020

- Fin del estado de alarma.

No pienso ponerme una mascarilla. Mi vida va a volver a ser como antes. Que me multen, me encierren. Me niego. Todo es mentira. Las muertes no son más que mentiras. Necesito escapar de mi mismo.

Me visto. Cogo las llaves. Me abrigo. Cogo el coche. Intento distraerme.

22/06/2020

\*llamada entrante\*

Mi madre me está llamando, lo más probable para cantarme las cuarenta por no hablarle en tanto tiempo, a veces es muy pesada, no me apetecía hablar con nadie, estaba encerrado dentro de mi mente.

-¿Sí, Mamá? ; ¿Necesitabas algo?

- Ayy Juan, tu padre está ingresado en el hospital, está muy grave.

-Pe...Pero Mamá que dices!! Voy para allá- Esto es el colmo, seguro que solo es una gripe, mierda la mascarilla. No la voy a coger, tonterías.

Llegó al hospital. Veo a mi madre llorando. Muchos médicos. El hospital está colapsado. Esto no es una broma. Está muriendo gente. Reconozco a mi padre a lo lejos. Me acerco.

Puedo ver que no está bien. No llevo mascarilla. Me echan del hospital por este motivo.

Fuera no puedo parar de pensar, el 14 de marzo mi vida cambio radicalmente, no sé si mi padre pueda sobrevivir, el está muy enfermo.

25/06/2020

\*llamada entrante\*

-Buenos días, somos del hospital central de Málaga, ¿Es usted pariente cercano de Antonio Torres?

-Sí, es mi padre. Ha pasado algo?

-Lamento informarle que su padre ha fallecido por causa del Covid-19-. En ese momento el mundo se me vino encima. Llevaba meses intentando alejarme de la realidad, engañandome. El coronavirus me ha cambiado la vida. No puedo seguir así.

Con sudor frío, cuelga y rompe en un silencioso llanto.



# “SOLLOZOS DE MAR”

**D**omando la melancolía que generan mis palabras, veo reflejada cada una de las facciones de mi rostro en la solitaria ventana de mi habitación.

Más allá del cristal se extiende la oscuridad de una nueva noche de verano.

La luna, bohemia, ilumina tenuemente hasta el más remoto confín de la ciudad bajo su forma luminosa.

Los versos se amontonan en mi mente sin encontrar la manera de fundirse con el papel. Como si el bolígrafo rechazase la unión efímera que mi alma le ofrece. Abro la ventana en busca de inspiración, notando como el aire caliente del solsticio veraniego invade los dolores de mi cabeza.

Ellos gritan bajo la eterna amenaza de una guerra contra mi esencia, duelen simplemente porque están atrapados. Atrapados dentro del bolígrafo, bajo la tinta áspera que reniega de su existencia y muere en los sollozos del mar.

Ese mar que veo en la lejanía, confuso y revuelto como las crestas de sus olas. En la noche se ve negro y no azul.

Quizás él también estuviese atrapado dentro de sí mismo, deseoso de sobrepasar la bahía y fundirse en un abrazo con el firmamento. Lejos de las inquietudes banales de su corazón esclavo.

Lejos de los deseos cansados de volver a sentir, amar, vivir. Deseos encerrados, lejanos reflejos de una rutina perdida que inevitablemente renace de las reconstrucciones destruidas.

El mar, como yo, muere en su incertidumbre, bajo la esperanza de recuperar lo propio. Impregnarse del sabor dulce de cada beso, de cada abrazo, con la única certeza de querer recuperar lo pasado, con el miedo de no volver a recuperarlo. Con el miedo de perecer ante el tiempo y continuar anhelando un final cada vez más lejano.

Un miedo empapado de gel hidroalcohólico, que guarda con resentimiento las anécdotas de un pasado que todavía no vuelve. Que se transforma en un futuro alterno, doloroso, quizás sempiterno.

Bajo estos pensamientos lentamente me duermo, mi cabeza pesa sobre el escritorio, puede que soñando levemente con hábitos pretéritos que un día parecieron eternos, ahora desaparecidos, sin coraje arrastrados por la muerte.

# “ASCLEPIO”

**H**oy, cuando volvía de trabajar, me ha dado por llorar, aunque la fría lluvia de abril camufla mis lágrimas. La lluvia me pone, si cabe, más triste aún, ya que me recuerda que el mundo también llora hoy. Aunque la primavera intenta llegar a nosotros como cada año, el frío que invade la ciudad es cada vez más intenso. No tanto el frío del ambiente, sino el horroroso sentimiento de vacío que sentimos cuando sabemos que algo va mal; aunque en este caso, esa sensación se magnifica ya que es a todo el mundo a quien preocupa esta situación.

Ayer, en la residencia, se nos fue, sin despedirse de su familia, otro anciano, por culpa del bicho ese del que hablan. Puedo decir que se me partió el corazón cuando vi al pobre hombre en su cama, casi sin aliento, abrazando una postal que rezaba un “te quiero” escrito en letra infantil. Probablemente fuera de su nieta, que seguramente ni sabría que su abuelo estaba en esa situación. Les decimos a las familias que, como no pueden despedirse de sus parientes en persona, les envíen cartas. Una lágrima surcaba el rostro del hombre mientras se aferraba a la postal, al tiempo que partía su alma de este mundo. Y puedo prometer que, si bien no tuve tiempo de exteriorizar mi sentimiento en ese momento, compartí ese llanto con él.

Es un largo recorrido el que hay desde el trabajo a casa, aun así, lo hago a pie cada día, ya que después de unas dieciséis horas cuidando ancianos y viendo cómo algunos de ellos, a los que considero mi segunda familia, mueren sin remedio, lo único que me tranquiliza es contemplar el ir y venir de las olas a lo largo del paseo marítimo.

Calado hasta los huesos, cada vez me siento más débil. “Será el cansancio acumulado”, me digo para tranquilizarme. No paro de pensar en mi familia, en que cualquier día puedo ser yo mismo el que, además de llevarles el pan a mis hijos, les lleve también el virus. Mis hijos, ellos son el único motivo de mi alegría, si es que aún me queda de eso... Son los únicos que me hacen pensar en el día en que esta pandemia termine. Son los únicos que me hacen seguir luchando, porque sé que después de la tormenta vendrá la calma. Y, después de todo el sacrificio; de todas las horas de trabajo sin cobrar; de todas las noches en vela, llorando, con cara de muerto y con miedo a estarlo, sé que todo habrá valido la pena cuando despertemos de esta pesadilla.

Continúo caminando por el paseo, desierto de paseantes. No soporto ver las calles así, sin el ajetreo de la vida cotidiana, sin el bullicio de los niños jugando en los parques... Resulta irónico que la inmensa calma que reina en las ciudades oculte el terrible caos que la provoca.

A cada paso que doy, me encuentro más cansado y torpe, quiero llegar a mi casa, y ver a mis hijos, ver su sonrisa, que es lo que más fuerza me da. Pero es como si mis piernas ya no quisieran responder. Apenas alcanzo a soportar mi propio peso. Me repito, en un intento por guardar la calma, que es normal sentirme así debido a la inmensa carga de trabajo de las últimas semanas.

Queriendo buscar tranquilidad, decido bajar a la playa y caminar sobre el largo arenal. El olor del mar y el sonido del oleaje me relajan. Sigue lloviendo, pero no me importa.

Me tumbo en la arena y cierro los ojos. Me pongo a recordar los buenos momentos con mi familia y mis amigos, los viajes, los abrazos, los besos, la despreocupación... En definitiva, la "vida de antes"... Impresiona pensar lo mucho que ha cambiado el mundo en solo un par de meses. También pienso en mi madre, así como en toda la gente a la que, como a ella, se ha llevado por delante esta pandemia.

Aún sumido en ese trance, escucho una voz lejana. Levanto la vista y no veo a nadie, pero cada vez la oigo más claramente. Dice mi nombre. A lo lejos, en la orilla, empiezo a distinguir una figura humana que me saluda alegremente, es una mujer. Sonriente, me pide que me acerque a ella. Movidado por un impulso tan poderoso como indescriptible, me levanto y empiezo a caminar hacia ella.

Me siento mucho más ligero que antes, como si todas mis preocupaciones hubieran escapado de mi mente y en mí mismo solo quedase mi alma. Según me acerco a la orilla, donde está la señora que me reclama con los brazos abiertos, me noto en paz conmigo mismo.

De repente, la mujer se mete en el agua y me invita a nadar con ella. La sigo mar adentro, pero no consigo alcanzarla. Llegados a cierto punto, se queda quieta en la gélida pero agradable agua, mirando hacia mí. La espesa niebla hace que no pueda reconocerla hasta que la tengo a escasos centímetros. Entonces es cuando veo en ella el rostro de mi madre.

Oigo voces familiares que, por algún motivo, me dan las gracias. Mi madre y yo nos fundimos entonces en el abrazo más cálido que jamás alguien recibiera. Todavía sin comprender muy bien la situación, veo flotando a mi lado un papel escrito. Cuidadosamente lo desdoble y, al reconocer en él la letra de Marta, mi hija pequeña,

mis ojos se llenan de lágrimas. La carta, decorada con corazones, dice: “Cuídate mucho, papi. Te quiero”.

Ahora es cuando comprendo todo. Y es así cómo descubro el final de mi camino, sabiendo que no estaré presente el día que todo vuelva a ser como antes, pero con la certeza de que, aunque el virus me haya ganado a mí, no ha ganado al mundo. Y quedo satisfecho sabiendo que, como miles de personas que arriesgan su vida día a día por los demás, he ayudado a que muchísima gente disfrute lo antes posible del día que la pandemia termine.